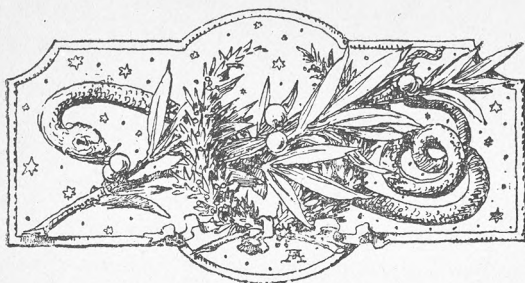


peño su célebre *Cuento chino*, en el que hacía tales revelaciones y narraba tales cosas, atribuyéndolas á aquel remoto país, que si no hubiese sido por el pabellón chinesco bajo el cual las cobijó, le habrían costado muy caras sus alusiones malévolas.

Con esto ganó la amistad del jefe de la minoría, quien, al llegar á la presidencia del Consejo de Ministros, se propuso realizar el deseo más vehemente de Rijosa, su ideal más querido: el de ser diputado á Cortes. Y lo fué. Cuando se hicieron las elecciones generales y sonó la hora de dar á la patria padres solícitos y cuidadosos, de que anda tan necesitada, el Ministro que crea personajes y saca á los hombres notables de la obscuridad en que yacen olvidados, unos por su modestia y otros por la ceguera de sus conciudadanos, llamó al Gobernador de una provincia, cuyo nombre es inútil mentar, y le dijo, mostrándole á Rijosita: —¡A ver, Sr. Zutáñez; á este niño me le da usted el acta por tal parte; y mucho cuidado, que no ha de venir sucia!—Un poco se volcaron las vasijas que han dado notoriedad á Alcorcón; á algún Ayuntamiento ignorante é ingrato hubo que suspender; á dos ó tres electores, que se decían influyentes y que mangoneaban más de lo justo en contra del candidato oficial, fué preciso poner á buen

recaudo, mientras los hombres de bien ejercían la sagrada misión de emitir, libremente y sin cortapisas ni coacciones, sus votos; pero á vueltas de tales dificultades, corrientes y molientes en toda elección digna y formal, D. Luis Gómez de la Rijosa se sentó en la Cámara popular y adquirió condiciones legales para ser gobernador civil, cargo que él consideraba como la forzosa antesala de su encumbramiento futuro.

Tal sujeto se presentó aquella noche en el salón de las de Santiuste, acompañado de D. Senén del Márchamo, el digno funcionario del orden judicial, como solía llamarle su admiradora doña Belén.



III

SE echó el resto, como suele decirse. Las pastas finas y los bizcochos de soletilla, entraron en casa de doña Belén por ración doble. El te, de ordinario incoloro, se sirvió durante la velada con inusitada profusión y bastante ennegrecido.

El contingente de muchachos aficionados al baile vióse reforzado por no pocos á quienes llevó D. Senén, cuidadoso de que aquella noche fuese memorable en los fastos de la sociedad de Umbrosa. En suma, la sala modesta por donde habían desfilado todas las notabilidades de la comarca, adornada con un

suplemento de bujías y de lámparas de petróleo, muy *sorreada*, como decía Panchita, por los robustos brazos de la moza que así manejaba los zorros como ponía el puchero, brilló cual un ascua de oro.

La vetusta alfombra, en cuyo centro habían hecho un tremendo agujero los bailarines pies de las niñas, recibió su correspondiente pieza que disimulaba con no poco arte el deterioro. Las cortinas de muselina blanca, llamadas pomposamente *stores* por doña Belén, fueron tan lavadas y planchadas, que parecían nuevas. El retrato del difunto Santiuste, hecho el año 30 por un indigena filipino, que sin duda tenía los ojos á la manera de esos espejos cóncavos que producen vértigo en quien los mira, relegóse al desván de los trastos viejos. Los cuadros que adornaban las paredes y que representaban la historia de Matilde y Malek-Adel y los amores de Hernán-Cortés con doña Marina, pulcramente despolvoreados, quedaron como nuevos, gracias á las habilísimas manos de Sitilla. Las flores de trapo puestas sobre los dos jarrones de china barata, cubiertos por fanales de cristal, renováronse con las sobrantes de los sombreros ya pasados de moda. Los brazos de la araña, apartados los unos de los otros más de lo conveniente por causa de su largo servicio, tomaron su prís-

tina posición, merced á unos alambres gordos y á invisibles lazos de hilo negro. La consola antigua, que con sus patas arqueadas parecía un monstruo de especie nunca vista, fué objeto de atención preferente para la familia de Santiuste, pues la estimaba como uno de los muebles más ricos de cuantos existían en Umbrosa, y en lo tocante á las baratijas desparramadas sobre la tapa de mármol del susodicho mueble, sufrieron su correlativo lavoteo de jabón y cepillo, sin contemplaciones de ningún género. Hasta un cuadro que doña Belén estimaba como á las niñas de sus ojos, por ser trasunto fiel y copia exacta de las facciones del único hijo varón que tuvo, arrebatado á la vida á los seis años de edad, no pudo escapar á la comezón de limpieza y arreglo que, para recibir dignamente á Rijosa les entró á las niñas, y ya que no consiguieron de su madre que fuese al desván á unirse al del difunto esposo, al menos lo engalanaron, pintándole con albayalde calcetines nuevos, porque los antiguos habían perdido su blancura y se confundían con las carnes del rapaz, y no era cosa de que el Gobernador creyera que aquella familia no usaba medias.

Pero todos estos esfuerzos resultaron estériles al tratar de rejuvenecer las doce reglamentarias sillas, los dos tiesos sillones y

el sofá. El reps, que allá en sus mocedades fué verde, habíase tornado amarillento, y las franjas de sedas de colores que en un tiempo resaltaban sobre el fondo obscuro, hallábanse deshilachadas por la fuerza de los desvencijados muelles que pugnaban por salirse del asiento, como si estuviesen hartos de tan larga torcedura. No hubo medio de arreglar aquellos sitios colocados en ángulo recto junto al sofá, cual si le sirviesen de guardianes, y convertidos en potro de tormento para el desdichado que en ellos hundía sus posaderas.

Y no obstante estas composturas para dar un aspecto de juventud á lo ya viejo y cansado de servir, tan grande amabilidad desplegaron doña Belén y sus hijas, tan cariñosamente recibieron y agasajaron á sus invitados, que la *soirée* se tuvo por una de las más divertidas, alegres y agradables de que había memoria en Umbrosa.

Que los honores de la fiesta se dedicaron á Rijosita se cae de su peso. Para él las más dulces miradas; para él los más delicados manjares; para él las frases más laudatorias; para él las más exquisitas atenciones, que todo esto se merecía el hombre ilustre que abandonaba momentáneamente, no más que momentáneamente, las múltiples atenciones que proporciona el gobierno de los

pueblos, para codearse con la burguesía culta (frase de D. Senén del Márchamo) y conocer por tal manera sus flaquezas y sus virtudes.

Ya se habían agotado las conversaciones; ya no quedaban alientos para nuevos bailes; hasta el fementido pianajo parecía cansado de mover ruido, y apenas sus teclas gastadas respondían al impulso del dedo; las jóvenes, con tanto zarandeo, sudaban la gota gorda, y los caballeros buscaban en el pasillo ó en los huecos de los balcones que daban á la calle, un poco de aire fresco y respirable. Ya las mamás deseaban un pretexto para dar fin á la reunión, cuando entró en la sala Paco Fuertes. Venía del Casino, donde pasaba lo mejor de su vida. Llamábanle en Umbrosa *La ley marcial*, porque con sus discursos disolvía los grupos que en aquel círculo de recreo se formaban para hablar de política. Alardeaba de ser el último progresista de aquellos que profesaban á Espartero culto idolátrico, y lamentaba, siempre que la ocasión le venía á mano, el rompimiento de relaciones entre Sagasta y Ruiz Zorrilla, causa, á su entender, de todos los males que desde entonces han afligido á España. A pesar de semejante manía, sobre la cual disertaba á más y mejor por espacio de dos horas, como no le fuesen á la mano, era

un hombre excelente, alegre y campechante y muy aficionado á decir cuatro frescas á todo bicho viviente, sin hacer sangre, por supuesto, y con muy buen sentido, del que usaban y abusaban los umbrosinos cuando tenían necesidad de oír un sano consejo en cuestión ardua y delicada.

—¿Qué es esto?—dijo:—¿se va á acabar la fiesta?

—¡Es muy tarde, D. Paco!—contestó doña Angustias de Mozo, madre de la poética Eduvigis, conocida ésta en Umbrosa por *La griega del címbalo*, en razón á que tocaba, con uñas postizas que se ataba á los dedos, un instrumento extraño entre guitarra y lira.

—¡Tarde, y no han dado las dos! ¡Vamos, doña Belén, diga usted á Panchita y á Sitilla que bailen las sevillanas, para que vea el señor Gobernador la gracia viva y los cuerpos bonitos, y luego que Carpita *se ejecute* algo en el piano con el primor que sabe hacerlo!—añadió *La ley marcial*.

—¡Sí, sí!—dijo Rijosita—vengan esas sevillanas, y luego el piano.

—Puesto que ustedes se empeñan, bailarán las niñas;—repuso doña Belén—pero no vale la pena...

—¡Pues no ha de valer!—interrumpieron varios de los concurrentes.

—Bueno, empezará Carpita con una pieza nueva. Vamos niña, toca... eso del *Vorrei* que tanto me gusta.

—Pero mamá—murmuró la muchacha—si toco muy mal, y voy á dar la gran jaqueca á estos señores.

—¡Qué jaqueca, ni qué niño muerto! ¡Al piano!—dijo Paco Fuertes.

Y al piano fué mohina y de malísima gana la doncella para teclear, como Dios le dió á entender, aquí tropiezo y allí me levanto, la composición italiana de Tosti que, aun cuando la escribió para ser cantada, el señor Pelagatti, el maestro más famoso de Umbrosa, la hubo de arreglar para piano y así se la sirvió á todos sus discípulos.

—¡Ahora las sevillanas!

Sí, buenas sevillanas te dé Dios. Iban las muchachas á bailarlas; pero fuese por el excesivo calor, fuese por la abundancia de líquidos y sólidos absorbidos en cantidad fabulosa por doña Angustias, ésta se sintió mal de repente, al ligero vahído sucedió el soponcio, á pesar de haberle soltado las ligaduras que oprimían su abdomen, y allí se acabó la *soirée*, tocando todo el mundo á retirada.

Se despidieron, y, ya en la calle, fueron por pequeños grupos dispersándose los concurrentes á la tertulia de las de Santiuste.

El digno funcionario del orden judicial acompañó á Rijosita hasta el Gobierno civil.

—¿Qué le ha parecido á usted la reunión?

—preguntó D. Senén.

—Muy divertida.

—Y las niñas de Santiuste, ¿qué tal?

—Que Sitilla, como la llaman ustedes, es una preciosidad.

—Es guapilla, Sr. Gobernador.

—¿Qué dice usted guapilla? ¡Es deliciosa! ¡Con aquellos hoyuelos cuando se ríe, y aquellos ojos que levantan en vilo, y aquellos dientes que parecen perlas...

—¡Vamos, Sr. D. Luis, que la muchacha le ha flechado!

—¡Hombre, se me hace la boca agua, sólo con pensar en ella!

—Es algo delgaducha.

—¡Delgaducha! Verdad que no tiene carnes abundantes, pero las que Dios le ha dado están tan bien repartidas, que...

—¿Va usted á caer en las redes de esa lugareña, Sr. D. Luis?

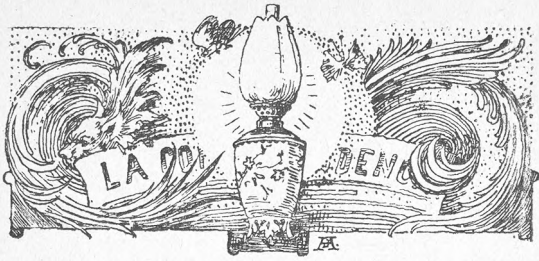
—Tanto como caer en sus redes, no diré; pero crea usted, D. Senén, que es una de las mujeres más *apetecibles* que he visto.

En estas y las otras llegaron á Gobernación. Fuése D. Senén del Márchamo á su casa, muy ufano con las confidencias del Jefe de la provincia, y éste subió pensativo

aquella hermosa escalera del renacimiento, que es una de las maravillas de la capital.

—Lo cierto es— decía para su capote Rijo-sita al arrebujarse entre las sábanas—que en punto á cursi, es de lo más cursi la tertulia de doña Belén; pero la chiquilla vale un imperio. Algo desmedrada está y bastante trapienta... ¡Bah! ¡Lo primero se corrige alimentándola substanciosamente, y lo segundo, una buena modista lo arregla!... ¡Y qué ojazos! ¡Qué boca tan *sugestiva!*... ¡Vamos, será preciso holgarse con el hallazgo, como dijo el clásico!... ¡Canastos con la muchacha!...

Y dando un suspiro, se durmió como un santo.



IV

Las tres niñas de Santiuste eran tipos tan diferentes entre sí, que no parecían vaciadas en la misma turquesa. Pancha, la mayor, seca, alta y algo hombruna, había heredado el carácter resuelto y enérgico de su padre el difunto Santiuste, militarote que allá, en la primera guerra civil, dejó memoria en el Maestrazgo por sus procedimientos expeditivos y rápidos, para evitar que los prisioneros hechos al enemigo fueran carga que pesase sobre las columnas leales.

Policarpa, la segunda, ó Carpita, como la

llamaban sus íntimos, baja, regordeta, carirredonda y rubicunda, se asemejaba á su madre doña Belén, tanto, que se las hubiera podido confundir á no ser por la diferencia de edad. Pretendía ser en la familia el elemento comovedor y pacífico, sin cuya interposición arreglativa aquella casa habríase convertido en una verdadera olla de grillos y antesala inaguantable del mismo infierno; pero, á decir verdad, con su aire candoroso y con sus palabritas de miel, que más servían para enzarzar que para zurcir, ocultaba un fondo de envidia que apenas percibía la generalidad de las gentes, sin excluir á doña Belén y á Pancha, aunque clarísima para los ojos perspicaces de su hermana menor Rosita, ó Sitilla, diminutivo cariñoso inventado por Paco Fuertes, que profesaba á ésta profundo y sincero afecto.

Realmente era Sitilla la que más valía en la casa.

—¡Cuando Dios se digne mirarte—le solía decir *La ley marcial*—y pronuncie la palabra *ensánchate*, vas á ser la moza más garri-da de veinte leguas á la redonda, y... me quedo corto!

Y no andaba descaminado el buen Paco Fuertes, porque Sitilla, con sus diez y ocho primaveras, prometía, en punto á belleza, todo lo que puede prometer una joven-

cita de mediana estatura, pelinegra, esbeltísima, blanco y finísimo el cutis, negros los ojos, perfectos los dientes, rojos los labios, y pocas carnes, pero tan bien colocadas y tan primorosamente puestas en su sitio, que parecía como si en aquel reparto y colocación se hubiese mezclado la mano de algún famoso artista.

¡Lástima grande que la cultura intelectual de Sitilla no corriese parejas con sus gracias corporales! Se quiere decir con esto que si su educación se hubiese hallado á la altura de su belleza, los revisteros de salones, tan indispensables en toda nación bien organizada, podrían haberla colocado dignamente junto á las mujeres más coruscantes. Pero ¿cómo había la pobre Sitilla de compararse con tales señoronas, si, nacida en un medio ambiente, como hoy se dice, por extremo humilde, apenas pudo adquirir los conocimientos suficientes para no hacer un triste papel entre las muchachas umbrosinas? Por fortuna, lo que le faltaba de atildada en los modales, de elegante en el vestir y de refinado en sus frases, suplíalo con ventaja su natural despejo, su buen juicio y su garbo, que era gentil anzuelo para pescar corazones.

Es lo que ella se decía. ¿Qué suerte le esperaba en Umbrosa, donde los hombres an-



daban rehacios y despegados para esto del matrimonio, y aquel que se decidía era con su cuenta y razón, entendiendo por cuenta la mayor suma de pastas monedables que aportase la mujer al hacer entrega de su blanca mano? Dote no la tenía, y en punto á prendas, sólo aquellas naturales que á Dios plugo darle. ¿Qué umbrosino había de haber, tan valiente y decidido, que se casase con ella solamente por su linda cara?

Cierto que Celso, el del boticario de la plaza, la cortejaba con tal insistencia que rayaba en pesadez; verdad que el tal muchacho, desgarbadote y lacio, no la dejaba en paz con sus ofrecimientos amorosos, y hasta en alguna no muy lejana ocasión, él mismo había propuesto el casorio y ofrecídose á tomarla por mujer; pero aparte de que Celso era un pobrete sin oficio ni beneficio, pues ni la carrera de farmacéutico le entró en el chirumen, no era Sitilla de las mujeres que así, tan aina, dan suma no al primero que se les presenta, aunque se entre por las puertas del noviazgo, disparando á quemarropa el escopetazo del matrimonio. La joven, quizá por modo intuitivo, tan propio en todas las que se ven hermosas, por nada de este mundo hubiera entregado su limpio corazón y su deliciosa persona á un hombre que no lo mereciese; y si bien Celso se pere-

cía por ella, Sitilla no le tenía amor ni se le alcanzaba que fuera posible pasar su vida junto á aquel gahnápiro, que no veía más allá de sus narices, ni vislumbraba más horizontes que los arcos de la plaza de Umbrosa, ni entendía de aquellas delicadezas y finuras con que la joven adornaba el tipo ideal que se forjara.

Además, el pan y la cebolla, sin otros aditamentos más substanciosos y nutritivos, bien están para los héroes de novela, que, llenos de amor romántico, les basta con un hartazgo de ilusiones; y en los tiempos actuales es locura insigne dar de bruces en la coyunda sin gran cariño, teniendo como porvenir la fantasía y como presente el cielo y la tierra. ¿Para qué casarse con Celso, por quien no sentía amor? ¿Para llevar con él una vida difícil, aperreada y durísima, con la carga de la pobreza, tan pesada al que de continuo la padece?

¡Y que no es dura la vida cuando se hace pobremente! Ella lo sabía mejor que nadie. Bien recordaba—¡pues no lo había de recordar!—la época en que por causa de las dificultades que ofreció el arreglo de la viudedad de doña Belén, pasó la familia las de Cain, como vulgarmente se dice. Diez años no más contaba Sitilla entonces, y ya ponía en las faenas de la casa la actividad y el

buen deseo que hubiera podido poner una mujer de veinte. Y como los afanes de su madre y Pancha—pues Carpita se hacía la señora, y en vez de arrimar el hombro al trabajo pasábase el tiempo leyendo las novelas que sus amigas le prestaban—no eran suficientes para salir del día, pagar al case-ro y renovar la indumentaria, ella tuvo que ayudar á las primeras, tomando su co-rrespondiente turno en la costura y el bor-dado que les proporcionaba D. Melchor, el dueño del bazar de ropa blanca *La Confec-ción Nacional*.

¡Cuántas noches se pasó en vela la pobre-cilla para concluir la docena de camisas, con cuyo producto se había de comprar, á la mañana siguiente, el triste condumio! ¡Cuán-tos pinchazos en sus delicados dedos y cuán-tos pescozones propinados bruscamente por doña Belén ó por Pancha, cuando la niña, no pudiendo resistir la forzada vigilia, in-clinaba su rizada cabecita sobre la costura y se rendía al sueño, más fuerte y pesado que su voluntad! Y si aquel constante y perpe-tuo trabajo hubiese bastado para cubrir el presupuesto de la familia, del mal el menos; pero aún no había olvidado que al fin de tanto desvelo y de esfuerzo tanto, todavía doña Belén se quejaba amargamente, con acompañamiento de voces y gritos, de que

no tenía dinero para comer, hasta el punto de que muchas veces, al acostarse Sitilla en su fermentido catre, se preguntaba qué sería preciso que hiciese para contentar á su señora madre, y pedía á Dios misericordioso le dijera cómo se había de componer para desarrugar su adusto ceño.

Tales sacrificios y angustias bien merecían una recompensa, y ésta hubiera debido hallarla Sitilla en la paz del hogar, en el cariño de doña Belén y en la consideración que Pancha y Carpita le guardasen. ¡Sí; para mimos estaba la viuda de Santius-te, y para cariños Policarpa y Panchita! Doña Belén no era de las que habían inventado la pólvora, y en lo tocante á dulzuras de carácter, los cardos cucos eran de suavísimo terciopelo comparados con el genio de aquella buena señora. Respecto á sus hermanas, Panchita perdió sus jugos afectivos al perder un novio que se le fué á la Habana y allí dejó la piel, y la gazmoña Policarpa despreciaba profundamente á aquella mocosa que, con sus aires de mujercita arreglada y gobiérnalotodo, le echaba indirectamente en cara su habitual holgazanería. De suerte que á la menor disputa, por si la niña cosía más ó cosía menos, por si se detuvo en la calle cuando fué á la compra, ó por si Carpita hizo ó Pancha dejó de hacer,

se armaba la gran batalla, en la cual la infeliz Sitilla ganaba unos cuantos golpes y pagaba los vidrios rotos.

Encerrada en tan estrecho círculo y en tan insana atmósfera, ¿qué educación había de recibir, ni qué cultura procurarse? No fué poco que *La ley marcial*, que á hurtadillas y con parsimonia socorría á la familia, en gracia á la lástima que le inspiraba Sitilla, obligase á doña Belén á mandar á la pequeña á la escuela, donde prendió con alfileres en su caletre esas rutinarias enseñanzas de nuestra enseñanza oficial, y donde supo, por las explicaciones de la maestra y por la lectura de unos cuantos libros, cómo el mundo no estaba limitado á la ciudad de Umbrosa, y cómo por fuera de ésta había otras cosas muy mejores y dignas de ser conocidas.

Por fortuna vinieron luego tiempos más bonancibles, en cuanto doña Belén, con el auxilio é influencia de Paco Fuertes, empezó á cobrar lo que el Estado pródigo le concedió y le era debido por los méritos y servicios del difunto Santiuste. También recordaba Sitilla que esto mismo produjo no pocos disgustos y peloterías; porque allí fué el querer doña Belén gastárselo todo en poner la casa lujosa para darse tono en la ciudad, allí el empeñarse Policarpa y Panchita en

lucir trapos y moños, y allí las mezquindades para escatimar lo necesario á la niña, cuya abnegación le hacía merecedora de mayores atenciones. Lo menguado de la paga anual bien pronto puso coto á los dispendios de las tres mujeres, y cuando vieron que lo comido importaba más que lo servido, si no les hizo tener que recurrir á los beneficios de *La Confección Nacional*, al menos les obligó á entrar en razón, siempre, por supuesto, en daño de Sitilla, que si antes trabajaba y cosía para fuera, ahora cosía y trabajaba para dentro. El único gasto aprobado por unanimidad fué el de treinta reales al mes, pagados al músico Pelagatti para que iniciase á las tres hermanas en los misterios del divino arte de Euterpe.

En cuanto á historias amorosas, justo es confesar que si muchos hombres cortejaron á la más pequeña de las de Santiuste, á ninguno hizo caso, llevando su exageración hasta el extremo de no permitirse el más ligero devaneo. Pero la muchacha tenía, como todas, su alma en su almario, y sin haber colocado aún su afecto en nadie, pues las brusquedades de su familia enfriaban y detenían sus naturales impulsos de cariño, deseaba, con la vehemencia propia de sus pocos años, hallar alguien que la cautivase, un hombre que encajase en el precioso mar-

co que ella fabricaba en su pensamiento, y á quien pudiese hacer digna entrega de todo su oculto querer.

Paco Fuertes lo adivinó perfectamente, sin que ella tuviera que hacer confesión alguna, que no en balde aquel solterón empedernido había pasado por el mundo y puesto sus cinco sentidos en observarla y conocerla.

—Tú eres como la fruta madura y en sazón, que no hay más que tomarla con la mano y comérsela, como haya uno que se atreva á hacerlo y tú se lo permitas—decía á Sitilla *La ley marcial*, después de la famosa reunión, sentado junto á la joven y mirándola coser, mientras doña Belén echaba su sosiega, Pancha batallaba en la cocina con la doméstica, y Carpita leía el folletín de *La Correspondencia de España*.

—No tenga usted cuidado, D. Paco, que nadie se ocupa de tal cosa.

—Pues á mí se me antoja que le ha salido á Celso un competidor temible.

—¿Y quién es él, si se puede saber?

—¡Vamos! ¿Quieres que te regale el oído?

—Le aseguro á usted que no sé á quién alude.

—¿Pues acaso no viste cómo te miró y cuánto te distinguió la otra noche nuestro *Jefe político*, como dice D. Senén? ¿Crees que soy tonto?

—No le oculto á usted que el Gobernador estuvo conmigo quizás demasiado atento; pero parece muy amable, y no creo que sus atenciones tengan ninguna trascendencia. Sin duda le fuí simpática y nada más.

—Puede que así sea—dijo *La ley marcial*; —pero, ó mucho me equivoco, ó has conquistado á D. Luis Gómez de la Rijosa. Y si no, al tiempo.

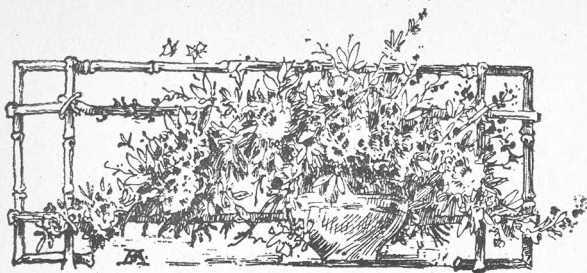
—Verdad es—añadió Sitilla—que el señor de Rijosa resulta sumamente agradable; pero ¿cómo se ha de ocupar de una muchacha tan insignificante como yo, él, un personaje de tantas campanillas?

—¡Ay hija! Como tú le entres por el ojo derecho, todas esas campanillas pronto tocarán á gloria.

—¿Quiere usted apostar algo á que lo mismo piensa en mí el Gobernador que yo en el Preste Juan?—dijo entonces Sitilla, suspendiendo la costura y mirando á Paco Fuertes, con aquellos ojazos negros que tan hondo habían penetrado en el corazón de Rijosita.

—Te apuesto un...

Y no se pudo oír lo que apostaba *La ley marcial*, porque Panchita entró en el cuarto dando desaforados gritos y roja de cólera, por causa de que la criada había roto la mejor fuente de la vajilla.



V

A las diez en punto daba comienzo á sus tareas de gobierno D. Luis Gómez de la Rijosa. Repantigábase en su sillón, con la gravedad del que va á desempeñar sacratísimas funciones, ya muy acicalado y compuesto, metido en su *financiera*, como Serapio llamaba á la abrochada levita, y preparado para repartir equitativamente los bienes de una sabia administración, entre los adictos al Gabinete que le había elevado á aquel difícil cargo. Al poco rato presentábasele el Secretario del Gobierno civil, hombre marrullero, muy versado en las prácti-

cas burocráticas, carirredondo y con la barba teñida de un negro mate tan subido, que no parecía sino que se había sorbido el tinte, para que se le desparramase por dentro y así llegase á las raíces capilares. El era quien iniciaba á Rijosita en los misterios de la política local y en los profundos arcanos del expediente, mamotreto que, al decir del tal Secretario, se parece á las mulas, en que anda solo y á veces cocea.

En aquellos momentos consagrados á la cosa pública, cerrada la puerta á todo ser humano, como no fuese de la casa y no penetrase en el santuario oficial por razón del servicio, se preparaban las elecciones próximas, se citaba á los alcaldes, se urdía, legalmente por supuesto, la destitución de algún ayuntamiento rebelde á los deseos del Gobierno, se comentaba la actitud de tal ó cual cacique, se deshacían las tramas de los eternos enemigos del público sosiego, se cumplían las órdenes del Ministro, y, por último, se firmaban las disposiciones que el correo más tarde llevaba á los pueblos, dichosos y felices por tener quien en ellos pensase, procurando su bienestar y regalo. Cuando se marchaba el hombre del tinte, entraba el Secretario particular del Gobernador, presentándole un montón de cartas, en cuyo margen ponía Rijosa con un lápiz

rojo breves notas, con el aplomo que pudiera hacerlo el Ministro de la Gobernación, y quizá figurándose que lo era. Luego abría-se la puerta del despacho, y Rijosita dedicaba una hora larga á recibir al público, á oír las quejas de sus administrados, las reclamaciones de los que creían haber sido desatendidos y las instancias de los pedigüeños. Después entraban los políticos influyentes, el Alcalde de Umbrosa, el Presidente de la Diputación, los periodistas, que iban á recoger noticias y á husmear los telegramas para darlos luego á la publicidad, y los Diputados que al despacho del Gobernador acudían diariamente para obtener esos menudos favores, sin los cuales no hay administración recta, ni elecciones que puedan llegar á término honroso.

Ya concluidos tan ineludibles quehaceres y un poco antes del almuerzo que á Rijosita servía Serapio, muy puesto de frac y guante blanco—innovación que se comentó por mucho tiempo en Umbrosa, pues estaban acostumbrados los buenos umbrosinos á gobernantes vulgarotes y ordinarios, que comían sin aparato y como cualquier pelatustán—encerrábase la primera autoridad civil de la provincia para charlar un rato con el Delegado especial de vigilancia.

Terminada la conferencia, almorzaba don

Luis Gómez de la Rijosa y después se metía en su alcoba á dormir la siesta ó á meditar á sus anchas, libre de importunos y de cuidados.

¡Y que no tenía poco en qué meditar! Aunque con el pensamiento no hiciese otra cosa que comparar su situación actual con la pasada, ¡ya había en ello materia abundante para largas cavilaciones!

Tampoco se le presentó á Rijosita—¡qué se le había de presentar!—la vida llana y fácil, como un suave sendero cubierto de flores, allá en Madrid, cuando, reducido á su modestísimo haber, pugnaba por abrirse paso y tomar plaza entre aquella *turba multa* de gentes allegadizas que, habiendo á fuerza de fuerzas ocupado los primeros puestos, los defendían con furia, y gritaban, “¡Caballeros, no empujar!”, como sintiesen que otros, atrevidos é impacientes, les iban á los alcances con pretensiones de suplantarles.

¡Qué desproporción—pensaba Rijosa—tan inmensa entre las aspiraciones del que desea á toda costa escalar las alturas y los medios para realizarlo! ¡Qué abismo tan enorme entre el querer y el lograr! ¡Algo como convertir una rueda, que se escapa, en una palanca que tiene firme y sólido apoyo! ¡Ah! ¡Bien conocía él esta lucha, y algunas prematuras canas que más resaltaban por lo negro de

sus cabellos, demostraban no sólo el tesón que puso en su tenaz propósito, sino también las amarguras que causa el usar de la vida chocando con los desengaños y con las injusticias. Aquellas primeras pretensiones tuyas cuando solicitaba modesto lugar en la redacción de un periódico importante; aquellas sus primeras tentativas literarias, pasadas por el tamiz de un crítico arbitrario, sin cuyo *exequatur* la idea se queda en la blanca cuartilla de papel y no llega á la categoría de cosa publicable; aquella constante necesidad de recordar en toda ocasión que los pobres han de ser humildes, y que el que pide debe borrar de su corazón la menor ráfaga de orgullo; aquella ineludible obligación de tributar aplauso sin tasa ni medida al venturoso que puede repartir entre sus admiradores las partículas de felicidad que á él le sobran; aquel desgaste continuo de la propia opinión, de la personalidad propia, de la voluntad y hasta del entusiasmo al rozarse con la personalidad y la opinión del que puede más, aunque valga menos, desgaste que lleva al desaliento y para en la humillación... Por todo esto había él pasado.

¡Y qué género de sobrehumano empuje tuvo que dar á sus facultades para no quedarse en el fondo de la sima! Porque todos celebraban la viveza de su ingenio, hacíanse

lenguas de sus admirables disposiciones, festejaban su buen humor, predecíanle próxima fortuna, pero no veían más que la superficie alegre y tranquila de su vida, ignorando que en el fondo se ocultaban innumerables privaciones y duras penas, que más duelen á aquel que no se cree merecedor de estar á ellas sometido. Sentía Rijosa bullir en su mente algo que, por lo menos, no era de peor ley que lo que á otros encumbra y ensalza; notábase fabricado de la misma urdimbre de que están hechos tantos que se elevaron sobre los demás, sin otra ejecutoria que el impulso ajeno; y como el triunfo no llegaba, la desigualdad caprichosa en el reparto, que él juzgaba irritante y vejatoria, aflojaba los resortes de sus ambiciosos propósitos é iba quitando poco á poco vueltas al cordel de su constancia.

Por fin hubo de amoldarse, para llegar pronto, al medio que las circunstancias le ofrecían: tomó lugar en la batalla; luchó en campo abierto y frente á frente, cuando la ocasión le brindó con este género de combate; acometió por la espalda y con cautela, si el enemigo empleaba esta clase de emboscadas; dobló su espina dorsal ante el poderoso y aduló al rico, como de ello le viniese algún provecho, y, siguiendo así el ejemplo que otros más altos le dieron, sacri-

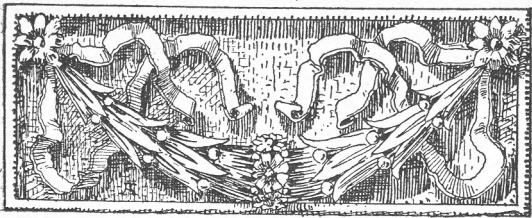
ficó, siempre que le fué necesario, sus propias ideas, cuando el cambiarlas á tiempo le pudo proporcionar una mejor postura. Hizo gala de su agudo ingenio y de sus aceradas ocurrencias allí donde encontró público que le ayudase á subir, aunque con la punta de sus epigramas hiriese al que fué su amigo el día antes; conquistó nombre de mordaz y atrevido, porque creía que sólo se hace respetar aquel que se sabe hacer temer, y no perdonó, en suma, modo ni manera de apartar á los demás para abrirse ancho espacio y llano camino.

No faltó alguna persona, de esas que dicen la verdad aun á riesgo de impertinencia, que le hiciese notar cuánto es más ventajoso para el sosiego del espíritu y la paz del alma, alejar de sí esa comezón ambiciosa que conduce á prescindir de la dignidad y á tener por armas leales las que debieran estar prohibidas, y cuánto más tranquilo es llegar al fin que uno se propone con el solo esfuerzo de la voluntad, de la virtud y del mérito. Lo mismo se le alcanzaba á él; su natural era honrado y bondadoso; en más de una ocasión se había ruborizado al escribir un artículo ensalzando á aquel personaje que inventó el verbo *desfraudar* en pleno Parlamento; alguna vez se le trabó la lengua al tener que propinar frases de superlativo elogio á aquel

varón conspicuo que llegó á la cima del poder solamente por la *caída de ojos*, y á quien un cacicote, célebre por sus dichos, llamaba y sigue llamando político *merdiocre*; mucho trabajo le costó dedicar palabras de admiración á aquel Ministro que llegó á serlo *por ajenas bondades*, según confesión propia, y según también los maliciosos, que por cierto no mentían; grandemente le repugnaban las transacciones de su conciencia con tales far-sas y humillaciones; pero ¿no lo hacían todos?... ¿Qué importan los medios cuando el fin no es bochornoso? ¡Ah! ¡El fin! Cuando ese fin llegase, cuando hubiera tocado la meta de su ideal, entonces verían quién era él; entonces se olvidarían sus procedimientos, más ó menos dignos de censura, en gracia á los beneficios de que colmaría á sus semejantes. Bien podía suceder que, poniendo en olvido todo linaje de afectos, sin tomar ley á nada y no rindiendo culto más que á sí mismo, se convirtiera en un escéptico egoísta, quizá con muchas ideas en la cabeza pero con poco amor en el corazón. ¿Y acaso era él de los nacidos para ocupar un número entre los infinitos del montón, que sufren, callan y mueren resignados, sin protestar contra esa disposición tiránica que les condena á eterna é insignificante medianía?

—No, y mil veces no—se decía el ambi-

cioso Rijosita al pensar en las vicisitudes de su vida y en sus triunfos del porvenir.—Hay que continuar la lucha, pese á quien pese y caiga el que caiga. Hay que proseguir la comenzada batalla allá en Madrid, peleando contra todos, si preciso fuera; y si la veleidosa fortuna no me vuelve la espalda, ya verás quien soy yo, *joh Corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes y acortas las de los virtuosos encogidos; sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados y matas de hambre á los discretos vergonzosos!.....*



VI

SERAPIO llamó á la puerta de la alcoba del Gobernador, para decirle que D. Senén del Márchamo, el digno funcionario del orden judicial, le esperaba en la habitación contigua con objeto de acompañarle en su cotidiano pasco á la Glorieta.

Atravesando la gran plaza de Umbrosa, metiéndose por una calle que comienza en un arco de aquélla, y andándola en toda su extensión, que no es corta, se llega á una puerta ancha y maciza, á cuyos costados se ven dos torreones con almenas, tan rotas y desmanteladas, como raídas y deshechas por

la acción del tiempo están las piedras de su base. Al poco trecho, entre unas raquílicas acacias, nace la carretera, y antes de terminar el primer kilómetro se ve un espacio circular adornado con jardinillos de boj, que el arte municipal corta y pela simétricamente, formando caprichosos dibujos, y con dos fuentes, por las que sólo corre el agua del cielo.

La moda ha hecho del paseo de la Glorietta, como pomposamente llaman al susodicho espacio circular, punto de esparcimiento de la sociedad umbrosina, que prefiere los áridos campos, por entre los cuales va el camino real que conduce á la capital de la provincia vecina, á las frescas alamedas situadas en la parte baja de la ciudad, y cuyos añosos árboles, regados por el famoso río que cantó la musa popular, han dado, con la sombra que prestan sus altas copas, nombre al pueblo donde se desarrollan los acontecimientos de esta exacta historia.

Allí los Cipérez de Baldo, marqueses de Cipérez, lucen su carretela de doble suspensión que trajeron de París el año 54, y de la cual tiran, con hartó trabajo, dos tristes caballos mustios y cabizbajos, quizá porque echan de menos los tiempos en que el pienso les era repartido con menos parsimonia. Allí el conde y la condesa de Santi-

pol ostentan sus ilustres personas metidas en un clarens ventrudo y cómodo, sobre cuyas portezuelas hay pintado un enorme escudo con el conocido mote, que dice:

“Antes que el sol fuera sol
y que el mundo fuera mundo,
fundó Don Juan el Segundo
la casa de Santipol.”

Allí los de Trajunillas, nacidos en modesta cuna, pero ennoblecidos por causa del matrimonio de su primogénito con la joven baronesa de Arcimelloso, merced á la cual coyunda hicieron dulce concierto los cuartos ganados por Melquiades Trajunillas, el confitero de la Plaza, con los heráldicos blasones de los Arcimellosos, muestran su *landeau*, encapotado por delante y desencapotado por detrás, pues creen que este usar á medias del cierre resulta más elegante y distinguido. Allí Juanito Pedriscos, marqués de Pedriscos, el descendiente por línea recta de aquellos guerreros medioevales que ayudaron á los Alfonsos y Fernandos á reconquistar la patria, y cuyas relucientes armaduras meten miedo por su colosal tamaño, deja ver su figura pálida y desmirriada sobre una *charrette* de fabricación inglesa, de la cual tira un jaco que, según su dueño puso en el padrón de animales, no es caballo sino potro. Allí los vizcondes de Trepís-

toles, representantes de la nobleza *haitiana*, al decir de los chuscos que de esta suerte bautizaron á la aristocracia creada por don Amadeo de Saboya, ostentan su lujo, ganado con los pingües contratos y los préstamos al Tesoro, y se enseñan al público dentro de un flamante coche, que arrastran dos hermosas yeguas con arreos sobrecargados y movibles espejuelos en los frontales: el Vizconde, alto, delgado y con patillas rubias que parecen desteñidas, lleva sombrero de copa con alas planas, que le da un aspecto de charlatán de feria; y la Vizcondesa, también seca y tiesa como si al permitir que la miren las gentes vulgares les concediese inmenso favor, va erguida y orgullosa, dirigiendo apenas la vista á los *peatones*, como ella dice. Allí D. Epifanio del Sequiñoso, el opulento banquero, pasea á su heredera en la berlina que de lance compró en Madrid, cuando se deshizo la casa del duque de Prestillas, y allí, en fin, confundida entre los que la suerte favoreció y que estiman como imperiosa necesidad de su bienestar lujoso el arrastre de un carruaje, más ó menos elegante, se presenta todas las tardes que no llueve, especialmente los domingos y fiestas de guardar, la clase alta, la más ilustre, la médula histórica de Umbrosa, mientras la más modesta, la plebeya, la que

no dispone de grandes recursos pecuniaros, ni tiene, como obligación prendida a linaje, la de no interrumpir las tradiciones, camina tranquilamente por los paseos que corren paralelos á la carretera, mostrando las muchachas sus cuerpos airoso y sus caras bonitas, que en esto, como queda dicho, Umbrosa puede dar quince y raya á todas las ciudades de España y aun de fuera de ella.

Hacia la glorieta se encaminaban D. Luis Gómez de la Rijosa y el digno funcionario del orden judicial, departiendo amigablemente y haciendo comentarios, al mismo tiempo, acerca de las personas con quienes se cruzaban, pues, según D. Senén del Márchamo, un buen gobernante debe conocer, como el Padre nuestro, la vida y milagros de sus gobernados.

—Ese que ve usted encorvado hacia adelante, con el cuello del gabán subido hasta las orejas, de rostro macilento y rubio bigotillo, es el marqués de Pedriscos ó Juanito Pedriscos, como aquí le llama todo el mundo. ¡ Parece imposible que descienda de aquel gran capitán García de Pedriscos, que de un puñetazo mataba un buey!

—Los títulos nobiliarios que se heredan —respondió Rijosa— son como las ropas hechas, que casi nunca les vienen bien á los que se las ponen.

—Eso sí que no, porque ahí tiene usted al vizconde de Trepístoles, que es fundador de dinastía, y cuyo vizcondado le sienta como á un Cristo una vihuela.

—Prefiero á Pedriscos—repuso riéndose el Gobernador.

—Que tiene cien mil duros de renta y dispone de los votos de dos distritos.

—¡Buena adquisición para el Gobierno!

—Mejor es la de D. Epifanio del Sequiño-so, que posee las más ricas dehesas de la provincia, cuyo producto, en renta, sube á un millón de pesetas anuales, limpias de polvo y paja, según afirman los inteligentes. ¡Hermosa cifra! ¿Eh?

—¡Soberbia, amigo D. Senén!

—Pues mire usted, su hija única, el *Premio gordo*, se halla *en disponibilité*.

—¿Cómo?

—Quiero decir que se encuentra soltera y al alcance de la mano del primer feliz mortal á quien se le meta entre ceja y ceja pescar ese momio.

—¡Pero, hombre, si es feísima, y además tonta!

—¡En cuanto á fea, sí que lo es!—dijo don Senén.—Pero ¡qué diablo! un millón de pesetas cada trescientos sesenta y cinco días no se encuentra, así como así, debajo de un ladrillo. Como tonta, no creo que lo sea sino